

ASAMBLEA DE EDUCACIÓN 2013

Nuestra Misión Educadora en la Venezuela de Hoy

Material de Apoyo

NUESTRA MISIÓN EDUCADORA EN LA VENEZUELA DE HOY

Arturo Peraza s.j.

Es una hermosa oportunidad este encuentro para seguir reflexionando en torno al modo como hoy asumimos la misión evangelizadora de la Iglesia desde la perspectiva de la educación. Quiero agradecer el esfuerzo de cada uno de los participantes por venir y compartir esta experiencia de formación y reflexión que hacemos año a año, para encontrar ese magis que nos caracteriza como modo de proceder.

Hemos venido caminando en varias asambleas buscando definir y meditar el modo propio de hacer educación en Venezuela desde nuestra identidad. Esto ha pasado por mirar temas como: las experiencias pastorales, la gestión educativa en clave pastoral, nuestra identidad como obras de la Compañía, entre otras.

El tema que nos ocupará en este encuentro será el mirar nuestra misión específica en el contexto de la Venezuela de hoy.

Los objetivos propuestos son:

1. Compartir y reflexionar sobre las realidades del País y los retos que implican para las obras educativas de la Provincia.
2. Identificar los elementos clave que definen la calidad de nuestras propuestas educativas en lo referente a la formación del estudiantado y en qué direcciones intensificar los esfuerzos de mejora.
3. Aportar a la revisión y elaboración colectiva del documento "Rasgos fundamentales que debe tener una obra de inspiración ignaciana en Venezuela".

I. Ver nuestra realidad con los ojos de Dios

Hemos asistido esta última semana a un momento muy tenso e intenso de nuestro particular proceso político venezolano. Las elecciones del 14 de abril más que final de un proceso ha abierto una nueva fase en la cual se hace aún más evidente la dinámica de polarización, los lamentables odios existentes, una dinámica electoral muy movible y estrecha y una grave inestabilidad del sistema.

En el país se ha profundizado las dinámicas del rentismo, el centralismo, el militarismo, la desinstitucionalización, la violencia, la reducción de espacios y diálogo democrático, entre otros males. También podemos leer signos fuertes de esperanza como la alta participación en las elecciones, la existencia de un amplio sector del electorado que actúa con relativa independencia a líneas partidistas y a los esquemas polarizados.

Las condiciones actuales nos hacen prever situaciones duras. El desabastecimiento de productos, el problema del valor del dólar definido a través del mercado negro. El aumento del 40 % del salario aproximadamente de forma escalonada será recibido por muchos como una reivindicación justa (y lo es), pero al no aparecer unida a otras medidas de producción conllevará a la inflación.

En el ámbito social el tema que priva es la violencia que extiende sus tentáculos desde el hogar, pasando por la escuela, la calles, la convivencia en la ciudad, hasta llegar a la violencia delincuencial y policial, para concluir en la violencia política que en estos días ha tenido preocupantes manifestaciones.

No está en mi ánimo negar los logros sociales que el proceso liderado por el Presidente Chávez ha tenido y que explican de alguna forma su éxito electoral, pero éstos han ido quedando desdibujados por la violencia que se ha convertido en un punto de grave alarma para todos los ciudadanos, en especial los sectores más pobres que ponen casi a diario el mayor número de víctimas.

Pensando en la educación, lo primero que salta a los ojos es la baja valoración que del trabajo realizado por este grupo de profesionales tiene la sociedad y el Estado venezolano. Su escasa remuneración, las malas condiciones en que funciona nuestro sistema educativo, su incapacidad para transmitir conocimiento e incluso valores y, recientemente, la pretensión ideológica que ha acompañado el proceso formativo.

Uno valora como positivo algunos esfuerzos realizados como la dotación de laptops a los niños, la dotación de libros gratuitos, la apertura de programas de formación para adultos, la ampliación de matrícula a nivel universitario, etc. Pero si todas estas medidas no están acompañadas de una real política de mejoramiento en las condiciones económicas sociales y de formación de los educadores, de un sistema pedagógico más actualizado que incluso los ayude a enfrentar asertivamente las condiciones de violencia a las que hice referencia anteriormente, estos procesos positivos pueden terminar por constituirse en un fraude.

Este fraude a la educación se expresa en otorgar títulos que no son consistentes con los conocimientos, habilidades, competencias y valores que realmente adquirió la persona en el proceso de formación. Así, nuestros niños salen de la educación básica sin saber en realidad leer, escribir ni operaciones básicas con suficiente soltura; nuestros bachilleres no ven materias fundamentales como aritmética, geometría, física, química, etc. por inexistencia de profesores, creando un vacío difícil de llenar en sus estudios posteriores; nuestros universitarios están expuestos a carreras profesionales donde no obtienen las habilidades básicas para el ejercicio responsable de esas profesiones. Todo esto termina atentando contra el desarrollo moral de las personas, pues en vez de sentir un sano orgullo por logros alcanzados (sin negar el gigantesco esfuerzo que hacen por alcanzar la meta de graduarse), los hace sentir menos e incluso más bien amenazados de ser descubiertos en sus limitaciones al enfrentarse al verdadero mundo laboral. Esto concluye en baja exigencia, conformismo, etc. Si esto es grave para cualquier profesional aún lo es más en el caso de los educadores.

La política educativa del Estado, que se ha fundado en una hipervaloración de la prosecución, poco ha ayudado lograr una educación de calidad. Se opone calidad a cantidad optando por la segunda sin descubrir el engaño que supone tal oposición, así como la incapacidad de abrir esquemas alternativos de formación para nuestros jóvenes en la cual la educación técnica para el trabajo tendría un papel importante. Quiero en ello recordar que el artículo 103 de la CRBV señala que *“Toda persona tiene derecho a una educación integral de calidad...”*

Por otro lado, llama la atención como, ante una situación de violencia que denota un problema en el mundo de los valores, la política del Estado expresada en la LOE sea suprimir la formación religiosa en los centros de educación públicos (y en algún momento también pensaron en los privados). Aunque el fin último de la experiencia religiosa no sea la trasmisión de valores, ésta le es ínsita, pues la consecuencia lógica de una experiencia de fe es el compromiso moral que dicha fe supone.

No puedo terminar esta mirada sin recordar lo complejo que ha resultado el proceso de convenio con el Estado para poder llevar adelante el servicio público de educación a los sectores más desposeídos. La Constitución habla de la educación como un deber social (artículo 102 CRBV), no sólo un deber estatal, si bien, como corresponde, fija claramente las obligaciones que se derivan hacia el Estado. En tal sentido asumimos como sociedad civil dicha obligación y nos sentimos llamados a colaborar bajo las premisas establecidas en la CRBV, en los artículos 102, 103, 104 y 106.

En algunos casos lo podemos hacer como entidades privadas que logramos obtener por cuenta propia los recursos necesarios con base al aporte de los educandos, sus familias y varios donantes. Es lamentable que el Estado asuma posiciones que han asfixiando económicamente estas entidades cuando ellas necesitan importantes inversiones si han de mejorar su calidad. Pero en el caso de la educación popular, por tratarse de una educación dirigida hacia sectores más desposeídos, tenemos Estado y sociedad una especial obligación de hacer accesible una educación de calidad, desde el maternal hasta el pregrado completo. He allí el fundamento del convenio, pues nos comprendemos como socios interesados en un fin común que es público. Si bien el Estado ha ido cumpliendo materialmente con los aportes, sentimos que año a año se ha buscado desmejorar las condiciones. Esta dificultad ha tenido diversos modos de expresión, pero su punto más álgido lo han sufrido los compañeros del IUJO para quienes vaya mi saludo solidario.

II. Hagamos Redención del Género Humano

Ignacio frente a la realidad del mundo que se pierde *“ver y considerar las tres personas divinas como en el su solio real o throno de la su divina majestad, cómo miran toda la haz y redondez de la tierra y todas las gentes en tanta ceguedad, y cómo mueren y descienden al infierno”* (EE. Nº 106) Oye la voluntad de Dios que no permanece inmóvil frente al drama humano *“Hagamos redención del género humano”* (EE. Nº 107).

No se puede comprender el sentido de una obra ignaciana sin esta mirada. Contemplando el mundo desde el corazón dolido del Padre por sus hijos que sufren, su acción fundamental no es juzgar sino salvar. El Padre ve en medio del dolor, la tiniebla, la corrupción y el infierno del pecado destructor, el fundamento divino de su obra, su Espíritu presente en cada realidad por más que el pecado intenten desdibujarla. Ignacio nos invita a descubrir esa dimensión divina en cada realidad. La CG 35 lo señala en diversos textos, especialmente del D 2

5.- Estando en Manresa, Ignacio tuvo una experiencia junto al río Cardoner que abrió sus ojos de tal modo que “le parecían todas las cosas nuevas”, porque comenzó a verlas con ojos nuevos. La realidad se le hizo transparente, haciéndole capaz de ver a Dios que trabaja en lo profundo de la realidad e invitándole a “ayudar a las almas”. Esta nueva visión de la realidad condujo a Ignacio a buscar y hallar a Dios en todas las cosas.

6.- Este entendimiento que Ignacio recibió le enseñó una manera contemplativa de situarse en el mundo, de contemplar a Dios que actúa en lo hondo de la realidad, de gustar “la infinita suavidad y dulzura de la divinidad, del alma y de sus virtudes y de todo”. Ya desde la contemplación de la Encarnación, queda claro que Ignacio no pretende endulzar o falsificar las realidades dolorosas. Más bien parte de ellas tal como son: pobreza, desplazamientos forzados, violencia entre las gentes, abandono, injusticia estructural, pecado; pero entonces señala cómo el Hijo de Dios nace dentro de esas realidades; y es aquí donde se encuentra dulzura. Gustar y ver a Dios en la realidad es un proceso.

8.- Encontrar la vida divina en las profundidades de la realidad es una misión de esperanza confiada a los jesuitas. Recorremos de nuevo el camino que tomó Ignacio. Como en su experiencia, también en la experiencia, puesto que se abre un espacio de interioridad en el que Dios actúa en nosotros, podemos ver el mundo como un lugar donde Dios actúa y que está lleno de sus llamadas y de su presencia.

Jesús aparece como una experiencia de Luz (Jn 1,5) para sus discípulos de forma tal que se puedan dispersar las tinieblas, las medias verdades, las realidades grises que ocultan más que lo que muestran. Se hace compañero de camino para revelarnos la realidad: *“Yo para esto he nacido y para eso estoy en el mundo, para dar testimonio a favor de la verdad”* (Jn 18,37). La verdad es que Dios es creíble, que hemos puesto en él nuestra confianza como nos enseñó Jesús. Lo insólito es que podemos creer en Dios porque Él cree en nosotros aún a conciencia de nuestras limitaciones y pecados.

Me pregunto si las obras, en especial las obras educativas de la Compañía, transmiten esta fe transformadora. Esa es la razón de ser de nuestras obras, transmitimos de diversas maneras una fe. Esta fe dice que Dios cree en nosotros, se hace uno de nosotros y nos sigue abriendo un camino por compleja que nos parezcan las circunstancias. Nos saca de las tumbas como a Lázaro, cambia lo soso del agua de purificación por vino de fiesta y abre caminos al perdón: *“Pedro me amas... apacienta mis corderos”* (Jn 21,16). La fe no es fundamentalmente un conjunto de contenidos abstractos sino una experiencia vivida por la cual nos sentimos amados y ese amor nos permite creer hasta el punto de enfrentar las tinieblas.

Así el primer elemento que caracteriza a toda obra de la Compañía es que es un medio para transmitir una vivencia que es la vivencia de la fe. Fe en Dios que a la vez es por lo mismo fe en el hombre y fe en la creación. En la creación el hombre está llamado a llevar a su perfección la obra de Dios tanto en sí mismo como en la realidad que lo rodea en una actitud de contemplación, respeto y creatividad. He ahí la base de la excelencia ignaciana que podemos traducir en calidad. No somos realidades mediocres, pues no lo es nuestro creador. Siempre pensamos en que podemos ir más allá porque Dios no tiene techo.

La fe cristiana en Dios es una experiencia de humanismo. Nada más lejano al cristianismo que una fe trascendente que olvida al hombre. Es él quien está al centro de la pregunta fundamental de la fe en Dios. Ante el hombre con el brazo paralizado en la sinagoga de Cafarnaúm, incapaz de extender la mano para brindarla (espejo de lo que el pecado hace en nosotros), Jesús el sanador hace en un lugar sagrado, en el día sagrado, poniendo al centro al hombre, la pregunta sagrada: “¿Qué está permitido hacer en sábado: hacer el bien o el mal; salvar una vida o matar?” (Mc 3,4). Lo triste fue que ellos (y a veces nuestra misma vida de fe) se quedaron callados.

Esta fe es algo que arde en el corazón y que de ser así nos convertimos vitalmente en testigos de esa fe. Eso es lo que yo comprendo que es un educador. Un testigo de su fe, de su vida, de su confianza en el futuro, de buscar y hallar la Palabra de Dios en la vida de cada educando suyo. Los veo como profetas, no porque adivinen, sino porque transmiten esa Palabra que puede arder en la vida de esos muchachos. Un fuego que enciende otros fuegos. Así nos hemos definido los jesuitas.

III. Hágase en mí según tu Palabra.

Esa fe no está llamada a quedarse en una experiencia de intimidad, en una suerte de nirvana personal. No se trata de agarrarnos a una visión de la felicidad y quedarnos en ella como le paso a Pedro, Santiago y Juan en el monte Tabor o a María Magdalena cuando reconoce al resucitado. Hay que bajar de la montaña a enfrentar los demonios que rompen la vida de la gente, hay que anunciar la presencia del resucitado en la vida cotidiana.

María recibe la presencia del ángel, su saludo que hace presente el amor de Dios en la vida de esa joven y en ella el amor que siente Dios por todas sus creaturas. Pero no queda en una visión de éxtasis, sino que se trata de una invitación al compromiso. Hay que encarnar la Palabra. El sí de María abre la puerta a la acción de Dios. Ignacio busca, al contemplar la escena, como unirnos a nosotros a tal aceptación activa, de forma tal que el ignaciano es quien viendo el mundo desde la perspectiva de Dios, oyendo su Palabra de salvación, la hace actual por la acción del Espíritu o como dice Ignacio al final de esta meditación: “*pidiendo según que en sí sintiere, para más seguir e imitar al Señor nuestro, ansí nuevamente encarnado,...*” (EE. N° 109)

Hoy la respuesta a esta palabra de Dios, a esta invitación que nos va haciendo a través de la realidad pasa por la justicia como elemento integrante de la fe. María al recibir el anuncio canta con Isabel la grandeza del Señor al manifestar como Él actúa a favor de los pequeños y los pobres.

Así el segundo carácter que quiero destacar es la justicia que como preocupación que nace y existe en virtud de nuestra fe confrontada por la realidad, se constituye en la respuesta que le podemos dar a la invitación de Dios a hacer realidad hoy su Palabra en medio de los hombres. Esta justicia nos implica a todos, desde todas las perspectivas. Es esta búsqueda común la que nos permite establecer redes entre nosotros, porque vamos dirigidos hacia una única finalidad desde espacios y trabajos distintos.

No se puede divorciar la fe y la justicia, pues la primera sin la segunda se convierte en un dogma que puede justificar aberraciones como la inquisición o la guerra santa; y la segunda sin la primera se convierte en ideología que mata, como ocurrió con los ensayos de los socialismos reales en el siglo XX. No es tampoco posible divorciar la justicia y la calidad, pues la primera sin la segunda se convierte en pobreza y engaño, así como la segunda sin la primera se convierte en explotación.

Tres elementos, pues, al menos caracterizan nuestro modo de comprender lo que hace a una obra como una misión con inspiración ignaciana: **la fe como fundamento de nuestro actuar; el magis expresado en la calidad que forma personas integrales; y la solidaridad con los otros vivida como justicia como consecuencia de nuestra fe.**

Entiendo que educar en la Venezuela de hoy a niños, niñas, adolescentes, jóvenes y adultos es transmitir esa visión. Queremos formar personas íntegras, capaces, abiertas a las demás y fundadas en una experiencia de amor. Éstas podrán enfrentar el grave reto de superar la Venezuela rentística, centralista, militarista, para invitarnos a todos a creer en las capacidades creadoras del pueblo que pueden parir la nueva historia, que aún en vigilante espera queremos alcanzar.